

**LA SOLEDAD DE ESTAR
CONTIGO**

Macarena Tabacco Vilar

**LA SOLEDAD DE ESTAR
CONTIGO**

Prólogo de Carlos Alcorta


ESDR JULA
EDICIONES

{COLECCIÓN **VORÁGINE**}

Primera edición, abril 2018

© Macarena Tabacco Vilar, 2018

© Esdrújula Ediciones, 2018

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz

Diseño de portada: Adriana Tejero

Impresión: Ulzama

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 391-2018

ISBN: 978-84-17042-72-1

Impreso en España · Printed in Spain

A todos los afluentes que me acompañan
cuenca abajo o cuesta arriba
«sople donde sople el viento»¹.

¹ Queen.

LA HISTORIA MÁS IMPORTANTE

Hay poetas que escriben en una especie de jerga solo inteligible para adeptos, para aquellos que comparten una similar indagación estética. El asunto central de sus poemas suele ser, con demasiada frecuencia, la palabra, el lenguaje, la propia poesía y la relación que esta mantiene con el yo que escribe. Sin embargo, la metalingüística y la metapoesía llevan aparejado un riesgo importante: que el lector pueda extraviarse y acabe deambulando por un campo de minas que le abocará, irremisiblemente, a la desesperación, a la deserción, acaso porque, como escribe James Merrill, «escribir poemas sobre el acto de escribir» atrae y repele al mismo tiempo. Otros poetas, por el contrario, tienen en el punto de mira de la escritura la transmisión de su estado de ánimo, de sus experiencias, escritas de la forma más directa posible, sin prestar atención a las excelentes propiedades del lenguaje como son, por ejemplo, la ambigüedad y la flexibilidad del significado. Escriben como hablan, atendiendo únicamente a aquellas convenciones sentimentales que están al alcance de un público más numeroso.

Evidentemente, la diversidad poética no se reduce a estos dos compartimentos —por otra parte, no estancos—, pero no necesitamos ahondar en mayores catas taxonómicas para reflexionar sobre un tipo de poesía que, sin despreciar las diferentes posibilidades que el lenguaje

ofrece para intentar esclarecer ese proceso que conduce desde la experiencia a la escritura y que tanto coadyuva al autoconocimiento, prefiere dar forma literaria a dicha experiencia para compartirla con un lector cómplice, y en esta zona intermedia es donde, a nuestro juicio, se desenvuelve la poesía de Macarena Tabacco Vilar —posee no solo cuidado formal sino reflexión metapoética, como demuestran estos versos: «Palabras que tomo y no tomo, / aire entre dichos, / antídoto contra la soledad/ y un molino más al servicio del viento»— y lo hace con una de las características que mejor la definen, la naturalidad, una naturalidad que le permite avanzar en el relato con la seguridad de quien está esbozando el guion de una historia de la que el lector, al sentirse copartícipe, extraerá, según sus preferencias, los poemas de nuestra autora que están escritos para él, aunque aludan con frecuencia a un personaje invisible porque ya no está o porque cuando estaba nunca fue consciente de que se convertiría en protagonista de un poema. Personajes así abundan en la vida de cualquiera, por muy joven que se sea, y el río de la vida —no resulta arbitrario que el primer poema del libro se titule «Xúquer»— se encarga de arrastrarlos, de convertirlos en limo o dejarlos varados en la orilla para reutilizarlos, como un embalaje o un recipiente más.

Macarena rastrea en su memoria aquellas huellas que han conformado su biografía y lo hace sin prejuicios, sin máscaras porque —lo escribe en un verso— es de las personas que no temen descubrir las vinculaciones ente el yo real y el yo ficcional, es de las que «prefieren quemarse»,

no solo exprimiendo al máximo la experiencia, sino dejando constancia de sus conflictos interiores en la página, practicando un sugerente desdoblamiento. Tenemos que admitirlo, es este un tipo de poesía que no gustará a los pusilánimes, a quienes disfrutaban de una vida muelle, a quienes se evaden de los asuntos cotidianos y se refugian bajo la techumbre de la mística religiosa o la filosofía naturalista porque la realidad que describe —la paradoja que encierra el título, *La soledad de estar contigo*, es un buen paradigma— determina unos contenidos afilados, en absoluto condescendientes con quien vive con los pies en el suelo. Las esclusas de contención, las prevenciones que puede suscitar este descarnamiento emocional pertenecen más al ámbito moral que al estético, como sucede a menudo con la poesía de carácter confesional. Afortunadamente, y para evitar caer en el tremendismo o en la falacia patética, Macarena maneja con soltura el recurso de la ironía, otra de las significativas virtudes —junto a la naturalidad, que más arriba mencionábamos— de su poesía, a la que, si cedemos al afán pedagógico, podríamos encuadrar dentro de lo que José Luis García Martín ha llamado «realismo irónico».

Es cierto que nuestra poeta construye sus poemas con materiales de su intimidad, de su vida diaria y tanto las relaciones amorosas fugaces como las relaciones sexuales efímeras visitan sus versos con frecuencia y sin apenas merodeos o conmociones alusivas, como se evidencia en esta estrofa: «¿Esperabas que fuera de piedra? / ¿Paciente corazón inerte al tacto? / Quizá pensaste que yo era de

arena / y que volaría con el primer viento helado», pero no es menos cierto que siempre van dirigidos a un tú que, en muchas ocasiones no resulta ser otra cosa que un espejo, una imagen distorsionada de ese desdoblamiento al que hacíamos alusión y tal vez encontremos la causa de esta dislocación —no solo identitaria, sino también temporal— en que el yo no encuentra un tú que le complemente, un tú que parece sentirse amenazado y solo en la huida encuentra la salvación. No es extraño entonces que los versos de Macarena trasmitan un enorme grado de desencanto: «A veces, tanto las verdades como las mentiras / —la respuesta incorrecta, la no deseada, / lo que no queremos oír ni escuchar— / nos saltan a la cara». Un desencanto, una desilusión, sin embargo, inteligente, matizado por el humor, por esa fina ironía con la que observa tanto los acontecimientos cotidianos como a sí misma.

Macarena escribe desde su condición de mujer comprometida con los profundos cambios sociales que se están desencadenando en las últimas décadas, una condición que reivindica, con toda justicia, una igualdad que va mucho más allá de las medidas que puedan legislar —y sean estas bienvenidas, por supuesto— las instituciones parlamentarias y que tiene que ver con un cambio, sin duda más lento, pero muchísimo más efectivo, cual es la transformación colectiva de la mentalidad patriarcal. La mujer es ya protagonista de su destino, toma sus propias decisiones, sin pedir permiso o esperar la *bendición* ajena: «Una vez leí que el primer amor de una mujer / debe ser el amor propio / y así, con propiedad, / es

como cortamos por lo sano / aquello que más queremos / cuando a pesar de entregarle mil flores / nuestro mundo no se convierte en un ramo», escribe con la fuerza de la convicción. La mujer es el sujeto activo de estos poemas en los que el yo se presenta sin ambages, dispuesto no a la contrición o el arrepentimiento, sino a asumir las distintas circunstancias vitales con la autoridad que le confiere su autoestima, su libertad de conciencia y su conciencia de la realidad: «Me reservo —escribe en el poema “Sin reservas”— el derecho de admisión a mis brazos / y a mis piernas. / Si temes descubrir qué hay más allá de mi cuerpo / prefiero que no te acerques a mi cama: / no estoy para fiestas / y en mi agenda / ya solo hay reservas».

Macarena ha conseguido en *La soledad de estar contigo* —como ya lo hizo en *Verso, verdad o atrevimiento*, su anterior libro— narrar con un lenguaje claro, transparente, anecdótico, con las concesiones justas a la digresión o la retórica, en definitiva, hablando claro, conectar —y a este hecho no es ajeno su labor profesional como profesora— con un público lector que descrea ya de los tópicos del amor cortés y arrebatado. El amor que versifica Macarena Tabacco Vilar es carnal, se toca y se huele, es un amor efímero como lo son las propias relaciones personales, un amor en el que el fracaso no es una tragedia, sino una de las opciones, y no siempre la más nociva; es un amor actual que no menosprecia la sensualidad o el erotismo («Presento mis credenciales / cuando apenas el alba / apunta sus primeros rayos. / Bajo la adarga / y reviso el estado de las tropas. // Me siento más

libre / si soy yo quien plantea batalla. / Tú te levantas en
armas / y ondeas tu enseña. // Recibo el embate, / planto
cara a la vida / y muestro mi fortaleza, / desde tus muslos,
/ desde el inicio, / desde mi sueño») y que va sufriendo
altibajos en los diferentes poemas del libro, al mismo
tiempo que construye su propia historia, una historia
implícita, una historia importante escrita con la frescura
y la sabiduría de quien conoce de primera mano todos los
pormenores, y lo que estos representan.

CARLOS ALCORTA

Sí, «la vida son los ríos
que van a dar al mar;
que es el morir»²,
pero mientras el río fluya
habrá erosión, ramales,
mucho tronco que cortar
—y que arrastraremos
mientras todo sigue su cauce—
y varias experiencias que contar:

afuentes que nos darán vida
y hasta su caudal
por formar parte de la nuestra.

Diferencias insalvables;
difluencias
que, a pesar de todo, ejercerán su influjo
más allá de los años, los ríos
y hasta las vidas.

Hay palabras que dejan estelas
como las de Manrique,
pero mientras todo fluya...
—habrá poesía—.

² MANRIQUE, Jorge: *Coplas a la muerte de su padre*.

P.D.: no me olvido de la lluvia
que será como agua de mayo,
superfluencia:
alegría inesperada y abundante,
chispas que acabarán mojándonos
cuando ya nadie esperaba tormenta.
Cuando ya todas las corrientes
convergían en tus aguas bajas,
en tu régimen de lluvias,
en el estiaje de tu río;
en la soledad de estar contigo.

AFLUENCIA

«1. f. Acción y efecto de afluir.»

AFLUIR:

«2. intro. Dicho de un río o de un arroyo:

Verter sus aguas en las de otro o en las de un lago o mar.»

«Sí, yo me muevo, vivo, me equivoco;
agua que corre y se entremezcla, siento
el vértigo feroz del movimiento:
huelo las selvas, tierra nueva toco.»

ALFONSINA STORNI

XÚQUER

*Reivindico entrar en tus planes,
no planear una vida contigo.*

El río busca su cauce
cuando intuye la tormenta
y al hombre, el yugo revela.
Ardua batalla de agua
y altivo Júcar desbordado.

«No temas perder tu curso
ni aguardes que cerque tus planes.
Encuentra en mí tu afluente,
no un contendiente en caudales.
Yo soy corriente que fluye
desnudando sus marjales.
Ya pasaron cañones,
gargantas vi a raudales,
deja ahora que afloren mis ojos
tras la erosión de roquedales
y sé la voluntad última:
verter mis aguas casuales
en la naranja cuenca
que desvelan todos mis males».

UNIVERSALIDAD

«Su San Martín le llegará como a cada puerco.»

MIGUEL DE CERVANTES, *El Quijote*.

No hay mujer a quien no ponga un pasado.
Siempre ha dado más galones
ser la «doña Inés» de un cerdo
que la que recibe a un santo.
En cambio al hombre le pone la cama,
pero nunca más allá del cortejo.
Al hombre sí le preocupa el pasado,
lo pasado y hasta las alturas.
Ofrecen segunda, tercera o vete tú a saber qué mano
a cambio de como mucho kilómetro cero, seminuevo o *renting*.
Hipócritos personajes
que el canon y su obligada lectura
nos grabaron a fuego.
La literatura universal
y más tarde *Universal Pictures*
perseveran en no cuestionar la debilidad de ambos sexos:
la triste debilidad por lo oscuro,
que arrastra al género femenino a perder sus luces;
la triste debilidad ante lo oscuro
que, a todas luces,
devuelve al género masculino al pasado,
a la oscuridad de la caverna que le apremió en su huida.

A todas luces,
y a toda *macchina*
hacia un *degénero*
que no beneficia a ningún sexo.

NUESTRO SACRO IMPERIO

Permíteme soñar
que soy capaz de conquistar tu sonrisa,
que tu lengua es mi tierra
y tu saliva quien me devuelve el aliento.

Parece mentira, yo,
la que siempre he intentado ser forastera
hasta en mi patria
y ahora solo quiero despertarme
alzando la bandera
que te distinga como territorio ocupado
de unos cuerpos sin fronteras.

COM-PARTIR

*Sienta la cabeza,
pero no muy lejos de tu corazón.*

Mi cabeza pide compartir:
partir desvelos, partir anhelos
y partir contigo hacia el lugar
en el que fraccionemos la espera.

Seamos guante blanco, cara a cara,
enfrentados a la diana que divide los tiempos.
Y a cada dardo desnudemos un motivo:
lancemos el orgullo,
la independencia en caída libre
y la soledad sin trayecto.
Fuera príncipes y princesas,
seamos simplemente cómplices
en una altruista partida
que dé en el centro de nuestras vidas.

Mi cabeza pide compartir:
partir en busca de la unidad,
partir como patrón de medida,

partir contigo.

SAN JUAN

Hacer todo cuanto esté en mi mano
para que se cumpla mi deseo de estar contigo;
aunque sea fugazmente,
como la estrella de mis ojos,
la ola que salto hoy gritando tu nombre
o el papel que entre llamas se abandona al destino.

Gemidos que se desvanecen al contacto con la arena
mientras la lengua sigue su curso mojada de a(mar)
bajo la luz de una luna que pletórica surca la noche.

Hacer todo cuanto esté en mi mano
—o en mi boca—
por cumplir tus deseos
—de ser conmigo, de estar en mí—
aunque sea fugazmente,
como el grito que ahogas susurrando mi nombre al placer
mientras te dejas llevar
—y te creces—
para luego acabar siendo espuma,
como la ola que sin fuerzas se desvanece en la orilla
o la estrella que sin brillo se quema en la atmósfera.

Pero tú ya te sentiste como pez en el agua.

Y yo ya fui la reina de tus mares
en esta noche de arrumacos en la que ambos
remamos fuerte para alcanzar la orilla.
En la que ambos, por fin, exhaustos,
nos abandonamos al destino.

¿DE QUÉ HUYES TÚ?

*Te espero, no te tengo miedo;
aunque sé que algún día me harás temblar.*

Hay personas atormentadas
que se desvanecen
cuando la vida les da un respiro,
cuando atisban un poco de sol.

Personas que besan tus mejillas
y recorren todo tu cuerpo,
pero no buscan el calor de tus labios.
Temen todo lo que son capaces de ver
cuando la mirada es el espejo del alma
y prefieren propagar intacto su fuego.

Hay personas que dudan de la luz,
que arrastran un pasado de oscuridad
que esconde toda su cobardía.
Personas que desaparecen
sin ir a ninguna parte
por miedo a asomarse al mundo de otra manera,
por el desconcierto que supone dejarse llevar
cuando siempre han llevado las cargas.

Personas;
personas
como tú y como yo.

Personas que se desvanecen como el humo,
que, con suspense,
huyen de su propia llama.